

Prefacio

P*hilomena* es la historia extraordinaria de una mujer extraordinaria. Philomena Lee era una adolescente inocente, cuyo único pecado fue quedarse embarazada fuera del matrimonio. «Desterrada» en un convento por una sociedad irlandesa dominada por la Iglesia católica, dio a luz a un hermoso niño. Durante tres años, cuidó del joven Anthony, trabajando a la vez en la lavandería del convento. Entonces, como otras miles de «mujeres de mala vida», Philomena fue obligada a renunciar a su hijo como condición para ser liberada de la semiesclavitud a la que estaba sometida.

Ese fue el destino de muchas madres jóvenes con hijos ilegítimos en Irlanda. Y solo hace poco tiempo que el Gobierno irlandés pidió perdón por el infierno en vida que les obligaron a vivir. Pero la historia de Philomena es especial. Tanto en este libro como en la película que se basa en él, se narra la historia de una búsqueda que se prolongó durante años, la búsqueda de su hijo perdido. En ambos se reflejan la incertidumbre, la esperanza y los momentos de desesperación. Y, sobre todo, se muestra a un extraordinario ser humano con una fortaleza asombrosa, llena de humildad y realmente dispuesta a perdonar. Me resulta increíble que Philomena continúe creyendo firmemen-

te en la religión incluso después de lo que esta le ha hecho. Se cuestiona las cosas y es muy abierta al hablar sobre sus experiencias, pero sigue teniendo una fe inquebrantable, tan sólida como siempre.

Cuando me pidieron que hiciera el papel de Philomena en la maravillosa película de Stephen Frears, pensé en mi propia herencia irlandesa. Mi madre era de Irlanda, nacida en Dublín, y toda su familia es irlandesa. Mi padre nació en Dorset, pero se fue a Irlanda con sus padres cuando tenía tres años. Se crio en Dublín y estudió en el Trinity College, como todos mis primos.

Aunque mi madre creció en una familia metodista, fue a un colegio católico y sé que guarda muy buenos recuerdos de algunas de las monjas. Reconocían su fe y la eximían de las oraciones católicas y eran tan tiernas que, mientras tanto, le asignaban la tarea de despolvar las estatuas. Mi madre decía que tenía el agradable cometido de mantener limpia a la Virgen María.

Así que me gustó que ni el libro de Martin Sixsmith ni la película basada en él simplificaran las cosas ni retrataran a la Iglesia católica bajo una implacable luz negra. El papel de la Iglesia se analiza de forma bastante apropiada, pero se ha tenido mucho cuidado de no caricaturizar lo sucedido. Eran otros tiempos. El sistema era terrible. Pero muchas de las monjas eran amables y no todas las chicas a las que cuidaban eran tratadas con crueldad.

Como sucedía con la mayoría de los irlandeses en las décadas de 1950 y 1960, mi familia no estaba al tanto de que ese tipo de cosas pasaran en Irlanda. Pero el de Philomena no es en absoluto un caso aislado. Innumerables madres e hijos fueron separados y muchos de ellos todavía siguen buscándose hoy en día. Es terrible y realmente impactante. Así que espero que la heroica búsqueda de Philomena y su valor al permitir que cuenten su historia proporcionen consuelo a todos aquellos que han sufrido un destino similar.

Al rodar la película sobre este libro, tenía la intensa sensación de estar habitando el personaje de Philomena. Fue un gran desafío. Fue fantástico poder hablar con ella, tenerla como referencia cuando la necesitaba. Eso me permitió captar la esencia del papel de una forma que fue imposible cuando hice de Isabel I o de Iris Murdoch, que habían fallecido hacía mucho tiempo.

Pero también tenía la gran responsabilidad de interpretar a una persona viva, algo que me influyó sustancialmente. Lo que quería, sobre todo, era que la película le hiciera justicia e hiciera justicia al libro de Martin Sixsmith. He trabajado con Stephen Frears como director en numerosas ocasiones y sabía que estábamos en buenas manos. Se ha preocupado mucho de ser fiel a la verdadera historia de Philomena y al libro de Martin.

Para mí, fue extraordinario ver algunas de las escenas que habíamos rodado con la mismísima Philomena sentada a mi lado, con la mano sobre mi hombro. Fue una experiencia de lo más gratificante. Yo estaba muy atenta a su reacción al ver la película y la observé muy de cerca cuando llegamos a la parte en que aparecía el actor infantil que hacía de su hijo perdido. Me alegro muchísimo de haber participado en este proyecto. Y espero que Philomena esté igual de satisfecha con nuestro trabajo sobre la historia de su vida.

Dame Judi Dench, 2013

Prólogo

El nuevo año 2004 había llegado. Se estaba haciendo tarde y pensaba irme ya —la fiesta estaba en las últimas y no podía más—, pero alguien me dio unos golpecitos en el hombro. La desconocida tendría unos cuarenta y cinco años y estaba un poco achispada. Se presentó como la mujer del hermano de una amiga común, pero dijo que no pensaba seguir siéndolo durante mucho más tiempo. Sonreí educadamente. Me puso la mano en el brazo y me dijo que tenía algo que podía interesarme.

—Eres periodista, ¿verdad?

—Lo era.

—Puedes investigar cosas, ¿no?

—Depende de qué.

—Tienes que conocer a mi amiga. Hay un rompecabezas que necesita que resuelvas.

Aquello me intrigó lo suficiente como para quedar con aquella amiga en la cafetería de la Biblioteca Británica: una directora financiera de treinta y muchos años, elegantemente vestida, con unos penetrantes ojos azules y el pelo negro azabache. Estaba preocupada por un misterio familiar. Su madre, Philomena, había bebido demasiado jerez en Navidad y se había

puesto a llorar. Tenía un secreto que contar a su familia, un secreto que había guardado durante cincuenta años...

¿Acaso no estamos todos deseando jugar a los detectives? La conversación de la Biblioteca Británica fue el comienzo de una búsqueda que duró cinco años y que me llevó de Londres a Irlanda y de ahí a Estados Unidos. Viejas fotografías, cartas y diarios están ahora esparcidos por mi escritorio: los apresurados y ansiosos garabatos de una impaciente ama de casa, unas lacrimosas firmas en tristes documentos y la imagen de un niño perdido con un jersey azul aferrándose a un avión de juguete hecho de lata.

Todo lo que viene a continuación es verídico, o ha sido reconstruido por mí como buenamente he sabido. Tenía que encontrar algunas pruebas, aunque disponía de no pocos indicios. Algunos de los personajes de la historia escribían diarios o habían dejado correspondencia detallada, otros siguen vivos y accedieron a hablar conmigo, y unos cuantos habían confiado su versión de los hechos a algún amigo. Se han rellenado huecos, extrapolado personajes y supuesto acontecimientos. Aunque en eso consiste el trabajo de un detective, ¿no?

PRIMERA PARTE

UNO

*Sábado, 5 de julio de 1952
Abadía de Sean Ross de Roscrea, condado de
Tipperary, Irlanda*

La hermana Annunciata maldijo la red eléctrica. Cuando caían rayos y truenos, parpadeaba con tal desesperación que era peor que las antiguas lámparas de parafina, y esa noche necesitaban toda la luz que pudieran conseguir.

Intentaba correr, pero los pies se le enredaban en el hábito y le temblaban las manos. El agua caliente se salía de la palangana esmaltada y se derramaba sobre las losas del oscuro pasillo. Las demás no estaban angustiadas, ya que lo único que debían hacer era rezar a la Virgen, pero se suponía que la hermana Annunciata tenía que actuar: la muchacha se estaba muriendo y nadie sabía cómo salvarla.

En el quirófano improvisado, encima de la capilla, se arrodilló al lado de la paciente y le susurró unas palabras de ánimo. La joven respondió con una tenue sonrisa y murmuró algo incomprensible. El resplandor de un relámpago iluminó la habitación. Annunciata subió los cobertores para evitar que la chica viera la sangre de las sábanas.

Annunciata era apenas mayor que su paciente. Ambas venían del campo, ambas del Limerick profundo. Pero ella era la hermana matrona y la gente esperaba que hiciera algo.

Abajo, en la capilla, oyó cómo la madre Barbara reunía a las chicas para que rezaran por la Magdalena de arriba: una pecadora como ellas que se estaba muriendo. Las incorpóreas voces sonaban distantes y ásperas. Annunciata le estrechó la mano a la muchacha y le dijo que no hiciera caso. Levantó el camión blanco de lino de la paciente y le limpió las piernas con el agua tibia. El bebé ya se veía, pero, en lugar de la cabeza, le mostraba la espalda. Había oído hablar de los nacimientos de los bebés que venían de nalgas: sabía que, al cabo de una hora, tanto la madre como el niño estarían muertos. La fiebre se iba apoderando de ella.

La paciente estaba sofocada y solo lograba articular frases cortas e inconexas.

—No permita que lo pongan en la tierra... Allá abajo está oscuro... Allá abajo hace frío...

Tenía los ojos abiertos de par en par por el pánico y la cabellera negro azabache desparramada sobre la blanca almohada.

La hermana Annunciata se inclinó y enjugó la frente de la muchacha.

La joven no tenía ni idea de lo que le estaba sucediendo. No había recibido ninguna visita desde que había llegado, y de eso hacía ya casi dos meses. Su padre y su hermano la habían dejado al cuidado de las monjas y ahora las monjas iban a dejarla morir.

Annunciata dio gracias a Dios por no ser ella la que yacía allí, pero era una chica práctica, de una familia de granjeros. Tocó la piel del bebé. Era cálida y estaba llena de vida. La madre Barbara decía que las pecadoras no merecían analgésicos y la muchacha estaba gritando, gritando por su bebé.

—No permita que lo entierren... Lo enterrarán en el convento...

Con sus fuertes dedos —y luego con los rígidos fórceps de acero—, Annunciata empujó el diminuto cuerpo y le dio la

vuelta. Este se movió de mala gana, resistiéndose a abandonar aquella sensual calidez. Un chorro de líquido de color rojo claro salpicó la sábana blanca. Annunciata había encontrado la cabeza del bebé y tiraba sin pausa hacia fuera, llevando una nueva vida a ese mundo de Dios.

La hermana Annunciata tenía veintitrés años. Llevaba seis siendo Annunciata. Antes había sido Mary Kelly, de los Kelly de Limerick, una de siete.

Una noche había aparecido el párroco, se había sentado a beber algo y se había compadecido del viejo señor Kelly y de la mala suerte, que le había negado hijos varones. Después del tercer whisky, se había inclinado hacia delante y había dicho en voz queda: «Bueno, Tom. Sé que adoras a las niñas. ¿Y qué mejor cosa podrías hacer por ellas que asegurar su futuro? No cabe duda, Tom, de que podrías entregar a una de las muchachas a Dios».

Y, cinco años después, allí estaba ella: la hermana Annunciata, entregada a Dios.

Al principio, durante los días siguientes, cuando Annunciata estaba con el pequeño, lo alimentaba como si fuera suyo. Era ella quien lo había traído al mundo, quien lo había salvado, quien lo había sacado a la luz. Lo habían bautizado con el nombre de Anthony por sugerencia suya y sentía que tenían un vínculo especial. Cuando lloraba, ella lo consolaba; cuando tenía hambre, ella se apresuraba a alimentarlo.

Las monjas llamaban a la madre del niño Marcella, ya que allí no se permitía que nadie usara su nombre real. Abandonada por su familia, se aferró a Annunciata. A cambio, Annunciata ofrecía consuelo a Marcella asegurándole que ella no la conde-

naba, como hacía el resto de las monjas. Desafiaban el voto de silencio y encontraban rincones tranquilos donde intercambiar los secretos de sus vidas pasadas. Annunciata ahuecó la mano sobre el oído de Marcella y le susurró:

—Háblame del hombre. Cuéntame cómo era...

Marcella se rio, pero Annunciata se acercó más, desesperada por entenderla.

—Continúa... ¿Cómo era? ¿Era guapo?

Marcella sonrió. Las pocas horas que había pasado con John McInerney le parecían ahora un destello de luz en una vida de ignorancia. Desde su llegada a la abadía, las había atesorado, había soñado con ellas y había revivido incesantemente el recuerdo de su abrazo.

—Era el hombre más guapo que he visto jamás. Era alto y moreno, y tenía una mirada realmente dulce y amable. Me dijo que trabajaba en la oficina de correos de Limerick.

Con un poco de aliento por parte de Annunciata, Marcella le habló de la noche que hicieron a su bebé, cuando ella todavía era libre y feliz, cuando todavía era Philomena Lee.

Era una noche cálida; las luces del carnaval de Limerick, la música de los bailes tradicionales y el olor del algodón de azúcar y las manzanas bañadas en caramelo hacían que una emocionante sensación de aventura se palpara en el ambiente. Philomena se había quedado mirando a los ojos al joven de elevada estatura de la oficina de correos que bromeaba con ella y que le había dado un trago de su vaso de cerveza. Se habían mirado con una mezcla de recelo y excitación. Y luego..., y luego...

DOS

7 de julio de 1952
Dublín (Irlanda)

Las tormentas de verano que habían importunado a la hermana Annunciata la noche en que había traído al mundo al pequeño Anthony no se habían limitado a Roscrea. La república de Irlanda estaba modernizando los sistemas de energía y, en el barrio periférico dublinés de Glasnevin, los cables caídos hicieron que Joe Coram se levantara el lunes por la mañana en una casa a oscuras. Media hora más tarde, su esposa Maire se echó a reír al encontrárselo en la penumbra, tomando un desayuno a base de pan sin tostar y té frío. Joe también se rio. Era joven y fuerte, y seguía enamorado de su trabajo, de su mujer, de su casa y del mundo en general. Le dio un abrazo a Maire mientras pensaba en lo hermosa que estaba.

—Esta noche volveré tarde a casa, Maire. Eso suponiendo que los tranvías funcionen. Tengo que asistir a ese condenado grupo de trabajo sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado —Maire puso los ojos en blanco, pero él lo ignoró—, y no es ningún secreto que la cosa está un poco peliaguda, ahora mismo.

Por suerte, no hubo problemas con los tranvías y Joe Coram llegó a la oficina sin contratiempos. Aunque a los diez minutos ya estaba deseando no haberlo hecho. Su secretaria

estaba enferma y le había dejado una nota sobre la mesa que le informaba de que el ministro quería verlo «de inmediato».

Frank Aiken, el ministro de Asuntos Exteriores del Estado Libre, estaba cabreado y todo el Iveagh House* contenía la respiración. Aiken era un hombre terco y profundamente resentido que todavía no había perdonado a sus antiguos camaradas por apoyar el tratado de 1921.

Joe sabía a qué se debía la pataleta: él era quien se encargaba de la política del departamento sobre cuestiones de pasaportes y visados, por lo que había estado involucrado en el asunto Russell-Kavanagh desde el primer momento en que este había surgido, hacía seis meses. En la antecámara del despacho del ministro, una joven secretaria privada le hizo a Joe el más resumido de los resúmenes:

— El maldito tema de Jane Russell contraataca. Ahora los periódicos extranjeros le han hincado el diente. Te enseñaría el telegrama, pero lo tiene Frank dentro. Será mejor que te andes con ojo.

Frank Aiken iba por el quinto cigarrillo de la mañana cuando Joe llamó a la puerta y entró. En su mesa había el habitual batiburrillo de documentos departamentales, periódicos y sobres usados de papel manila. Aiken estaba casi cómicamente pálido, y Joe se imaginó por un instante que le salía humo de la coronilla calva. El ministro levantó sutilmente los ojos del ejemplar del *Irish Times* que estaba ojeando y le tendió el telegrama oficial.

— ¿Qué se supone que significa esto, Coram? ¿De dónde han sacado todo esto? Qué vamos a hacer al respecto, ¿eh?

Joe lo leyó. Era un boletín urgente de los chicos de la embajada de Bonn y el primer asunto en la agenda era la traducción de un artículo de un popular periódico sensacionalista de

* Sede del Ministerio de Asuntos Exteriores y Comercio de Irlanda, ubicada en Dublín. [N. de la T.]

Alemania Occidental llamado *Acht Uhr Blatt*. Estaba bastante claro el motivo por el que la embajada había decidido que Frank Aiken tenía que verlo. El titular rezaba: «Mil niños desaparecidos en Irlanda».

El periódico había desenterrado la historia al completo del asunto de Jane Russell. Describía cómo la actriz de Hollywood, que no tenía hijos, había volado a Irlanda para intentar adoptar a un bebé irlandés. Daba todos los detalles del acuerdo al que había llegado con Michael y Florrie Kavanagh, de Galway, para llevarse a su hijo, Tommy. Sugería que el trato implicaba grandes sumas de dinero y, lo peor del caso, incluía una minuciosa y espeluznante descripción de cómo el consulado irlandés de Londres había expedido el pasaporte del niño para que este volara a Nueva York sin despertar sospechas. Según el artículo, aquello demostraba que el Gobierno de Irlanda consentía la exportación y venta de niños irlandeses: «Irlanda se ha convertido en una especie de coto de caza para los millonarios extranjeros que creen que pueden adquirir niños a su antojo como si fueran valiosos animales con pedigrí. En los últimos meses, cientos de niños han salido de Irlanda sin que ningún organismo oficial haya osado hacer preguntas sobre su futuro entorno».

Aiken se enjugó la frente.

—Muy bien —dijo—. Lo que necesito que hagas, Coram, es un informe minucioso: nada de detalles ocultos, por muy embarazosos que resulten. Quiero tener absolutamente toda la información, absolutamente todos los indicios de mala praxis y absolutamente todas las pruebas de las tonterías del arzobispo y de la Iglesia. ¿Queda claro? Y lo quiero para el viernes. ¡Fuera!

La reunión de esa tarde sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado fue tensa. Joe tuvo que quedarse levantando actas hasta

bastante después de las ocho. Asistieron la mayoría de los miembros del consejo —incluso Eamon de Valera, el *Taoiseach** , estuvo presente durante una buena parte de la misma— y el debate fue subiendo de tono. Cuando Joe volvió a Glasnevin, Maire ya había hecho la cena, había visto cómo se enfriaba y había tirado la comida solidificada a la basura.

— Ahí tienes la cena, Joe Coram — dijo, riendo—. Échale la culpa a De Valera o a quien quieras, pero ya no tiene remedio. ¡Esta noche tendrás que conformarte con pan duro y pringue!

Joe también se echó a reír y rodeó a Maire por la cintura.

— Viviría a base de pan y me sentiría como un rey con tal de estar contigo, cariño. Siento que te hubieras molestado en preparar la cena. En cuanto Frank y Dev empezaron con lo de la Iglesia, las monjas y los pasaportes, ya no hubo forma de pararlos. Tengo veinticinco páginas de notas que he de descifrar para el miércoles y Frank quiere que haga para finales de esta semana un informe completo del escándalo, retomando el fiasco de la madre y el hijo. Te digo una cosa, Maire: llegaré tarde más noches antes de que acabe el mes y, sin duda, varias cenas más irán a parar a la basura, cielo.

Maire se dispuso a soltarle una colleja, pero se detuvo a medio camino y le dio un beso en la mejilla.

— ¿Has visto el *Evening Mail* de esta noche? — preguntó, recordando la nota mental que se había hecho de mostrarle el artículo sobre Jane Russell y las alegaciones de la prensa alemana—. Ves a gente como ella en el cine y crees que deben de tener una vida fácil, ¿verdad? Y luego descubres que tienen sus propias penas, como el resto de nosotros.

Joe cogió el periódico que estaba encima de la mesa de la cocina.

— Ya lo tengo más que visto. Frank nos mandó a por un ejemplar al quiosco de la calle Merrion. Y Jane Russell no es la

* Jefe de Gobierno de Irlanda. [*N. de la T.*]

única: hemos estado expidiendo pasaportes a bebés a destajo. Parten hacia Estados Unidos y nunca más se sabe de ellos.

Maire miró a su marido y vio que estaba pensando lo mismo que ella: que llevaban tres años casados y su familia estaba empezando a hacer preguntas.

—Olvida a Jane Russell —dijo, mientras le daba un beso en el cogote—. Somos nosotros los que necesitamos un bebé, Joe Coram. ¡Así que acaba el festín que te estás dando y ven a echarme una mano para hacer algo al respecto!

TRES

11 de julio de 1952
Roscrea

Los asuntos de Estado no afectaban a las moradoras del convento de la abadía de Sean Ross, que estaba a kilómetro y medio del pueblo de Roscrea, en Tipperary. Ni las monjas ni las pecadoras habían llegado a ver los carteles de *Las fronteras del crimen*, protagonizada por Jane Russell y Robert Mitchum, en las paredes del cine de Roscrea. Las monjas y las pecadoras tampoco leían la prensa y la madre Barbara guardaba el solitario equipo inalámbrico cuidadosamente bajo llave. Los largos días en la lavandería y las largas noches en el dormitorio común se llenaban de pensamientos sobre Dios, o de recuerdos de una vida pasada.

La madre superiora no era una mujer a la que conviniera hacer esperar. Eran las nueve de la mañana y ya había ido a misa, tomado un frugal desayuno y pasado una complicada media hora descifrando unas anotaciones innecesarias y potencialmente comprometedoras en el libro de doble contabilidad de la abadía. Estaba mirando el reloj de pared de su despacho y chasqueando la lengua cuando llamaron a la puerta y la hermana Annunciata entró apresuradamente, sin aliento y disculpándose

por presentarse tarde. Aborrecía aquellas reuniones semanales hasta tal punto que siempre llegaba con retraso.

—Lo siento, reverenda madre; hemos tenido un ajetreo terrible esta mañana. Se han puesto tres muchachas de parto durante la noche, a una de ellas le llevó más de siete horas, ha habido cinco nuevas admisiones y...

La madre Barbara le hizo señas para que se callara.

—Entra y siéntate, hermana. Ya me pondrás al corriente a su debido tiempo y en su debido momento. Primero, los nacimientos. ¿Cuál es el total de la semana?

—Pues contando los tres de la pasada noche —dijo Anunciata— hacen un total de siete. Eso incluye un nacimiento de nalgas que tuve el sábado pasado y...

—Gracias, hermana. No necesito detalles. ¿Algún bebé nacido muerto del que informar?

La madre Barbara tomaba notas mientras hablaba y levantaba la cabeza para comprobar que Anunciata atendía a sus preguntas adecuadamente.

—No, reverenda madre, gracias a Dios. Pero con relación al nacimiento de nalgas, la muchacha tiene mucho dolor, por todos los desgarros y eso, y me preguntaba si podría coger la llave del armario y darle algunos analgésicos o llamar al doctor para que la cosa... —sugirió, mientras su voz se iba apagando por la indecisión.

La madre Barbara la miró y sonrió.

—Anunciata, no me escuchas cuando hablo, ¿verdad? ¿Cuántas veces te he dicho que el dolor es el castigo del pecado? Estas jóvenes son pecadoras: deben pagar por lo que han hecho. Bien, no tengo toda la mañana. ¿Cuántas admisiones ha habido en total y cuántas altas?

Anunciata le dio las cifras y la madre Barbara las anotó en el libro de contabilidad. Tras unos instantes de cálculo, levantó la cabeza y dijo:

—Ciento cincuenta y dos, a menos que esté muy equivocada. Tenemos ciento cincuenta y dos almas perdidas para Dios. Y yo diría que bastante afortunadas son al tenernos a nosotras para cuidar de ellas.

Annunciata hizo ademán de responder, pero la madre Barbara ya no estaba escuchando.

—Muy bien, hermana. Envíame a las que han llegado nuevas esta mañana. Y veré a las nuevas madres esta tarde. ¿Crees que alguna de ellas puede pagar?

La hermana Annunciata lo dudaba. Cien libras era una cantidad de dinero excesiva.

La madre Barbara vio a doce chicas ese día. Mientras cada una de ellas le contaba su historia, ella permanecía sentada pacientemente con las manos entrelazadas delante. No se consideraba una mujer cruel —la Iglesia le exigía caridad y el trabajo que hacía cumplía con dicha obligación—, pero tenía sumamente claros los límites entre el bien y el mal y, para ella, el peor de los males, sin duda alguna, era el amor carnal.

Las muchachas que se presentaron ante ella tartamudeaban y se ruborizaban avergonzadas por sus pecados, mientras la madre Barbara las alentaba para que los refirieran lo más detalladamente posible. Una tras otra, fue escuchando sus historias: la dependienta de treinta años de Dublín que cayó presa de los encantos del hombre inglés que le había prometido riqueza y matrimonio, pero que había regresado con su esposa a Liverpool; la joven pelirroja de Cork que estaba prometida con un mecánico de coches que la había repudiado cuando se había quedado embarazada; y la adolescente retrasada de Kerry que lloraba sin cesar y que no tenía ni idea de lo que le había sucedido ni de por qué estaba allí. Escuchó a la hija del granjero con la que su padre había compartido siempre cama y a la estu-

diante que había sido violada por tres primos en una boda. Y les hizo de modo maquinal la misma pregunta que había planteado a generaciones de muchachas que acudían a ella en busca de ayuda: «Dime, niña, ¿merece la pena todo esto por cinco minutos de placer?».

A Philomena —o Marcella, como se llamaba entonces— la llamaron para que se presentara ante la madre Barbara a última hora de la tarde. Hacía seis días que había dado a luz y el alumbramiento de nalgas la había dejado desgarrada y dolorida, pero su período de convalecencia había llegado a su fin y las normas decían que tenía que volver a ponerse en pie. La hicieron esperar en el pasillo, fuera del despacho de la madre superiora, con el resto de las nuevas madres. El convento prohibía a las chicas hablar, pero ellas se daban ánimos las unas a las otras con sonrisillas y gestos de comprensión.

Philomena respondió a las preguntas de la madre superiora con una voz ahogada por el miedo. Cuando le preguntó cómo se llamaba, ella respondió «Marcella», pero la madre Barbara la miró con expresión burlona.

—No el nombre de la casa, niña. ¡Tu nombre real!

—Philomena, reverenda madre. Philomena Lee.

—¿Lugar y fecha de nacimiento?

—Oeste de Newcastle, reverenda madre, condado de Limerick. El 24 de marzo de 1933.

—Así que tenías dieciocho años cuando pecaste. Ya eras lo suficientemente mayorcita como para ser sensata.

Philomena apenas era consciente de que hubiera pecado, pero asintió.

—¿Y tus padres?

—Mamá murió, reverenda madre. De tuberculosis. Cuando yo tenía seis años. Y papá es carnicero.

—¿Y qué fue de los hijos? ¿Vuestro padre se quedó con vosotros?

—No, reverenda madre. Mamá le dejó seis y él no podía hacerse cargo de todos. Así que nos metió a mí, a Kaye y a Mary en el colegio de monjas y dejó a Ralph, a Jack y al pequeño Pat en casa, con él.

—¿Y a qué colegio ibas, niña?

—Al de las hermanas de la Caridad, reverenda madre. En Mount St. Vincent, en la ciudad de Limerick. Estábamos internas y solo íbamos a casa dos semanas en verano. Estudiamos allí doce años y nunca fuimos en Navidad ni en Semana Santa, y papá y Jack solo fueron a vernos un par de veces. Nos sentíamos muy solas, reverenda madre...

La madre Barbara le hizo un gesto malhumorado con la mano a la chica de cabello negro que tenía delante.

—Ya basta. ¿Qué pasó cuando dejaste a las hermanas?

—Me fui a vivir con mi tía, claro.

La voz de Philomena apenas era audible, y la muchacha bajó la mirada al suelo.

—¿Y cómo se llama?

—Kitty Madden, reverenda madre, es la hermana de mamá y vive en la ciudad de Limerick.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo con tu tía Madden?

Philomena frunció el ceño y levantó la vista hacia el techo, mientras intentaba recordar los acontecimientos de su corta vida.

—Pues vivo con ella más o menos desde... Dejé el colegio en mayo del año pasado. Los hijos de mi tía se habían ido todos y ella quiso que fuera a vivir con ella para ayudarla. Y a él lo conocí, a John, en el carnaval de octubre, así que...

Pero a la madre Barbara todavía no le interesaba aquello.

—Tu tía, niña. ¿En qué trabaja? ¿Es pudiente?

—Pues creo que no, reverenda madre. Trabaja para las monjas de St. Mary. Me consiguió un trabajo allí. Limpiando, fregando y esas cosas...

La madre Barbara, tras decidir que no servía de mucho continuar con el interrogatorio financiero, retomó su tema favorito.

—Y aun así, con todos los vínculos que le unían a la Iglesia, tu tía no logró evitar que cayeras en pecado. ¿Cómo es posible? ¿Eres una pecadora tan porfiada que te propones decepcionar a aquellos que velan por tu bienestar espiritual?

Philomena palideció y tragó saliva.

—¡Oh, no, reverenda madre! Yo nunca me propuse pecar...

—¿Por qué engañaste a tu tía, entonces?

—En realidad no lo hice. Mi tía me dejó ir al carnaval. Ella estaba con una amiga y me dijo que podía ir, así que fui y..., y entonces... pasó aquello.

—¿A qué te refieres con «aquello», niña? ¡No tuviste vergüenza cuando pecaste, así que no debes sentir vergüenza al hablarme a mí de eso ahora!

Philomena recordó la noche de la feria e intentó encontrar una forma de hacer que la madre Barbara la entendiera, pero la voz se le atoró en la garganta.

—Él..., él era muy guapo, reverenda madre, y era amable conmigo...

—Quieres decir que lo incitaste a pecar. ¿Y dejaste que te pusiera las manos encima?

Philomena vaciló de nuevo y respondió con voz queda.

—Sí, reverenda madre, lo hice.

—¿Y disfrutaste de ello? ¿Disfrutaste de tu pecado?

Philomena tenía los ojos llenos de lágrimas y aquellas palabras le sonaron como si procedieran de un lugar lejano y solitario.

—Sí, reverenda madre.

—¿Y te quitaste las bragas, niña? Dime.

Philomena empezó a llorar.

— Reverenda madre, nadie me habló de todo esto. Nadie nos habló nunca de los bebés. Las hermanas nunca nos contaron nada...

La madre Barbara montó en cólera súbitamente.

— ¡No te atrevas a culpar a las hermanas! — gritó—. *Tú* eres la causa de esta deshonra. ¡Tu propia indecencia y tu propia incontinencia carnal!

Philomena dejó escapar un sollozo.

— ¡Pero no es justo! — gimió—. ¿Por qué tuvo que morir mamá? ¿Por qué nadie se preocupa por nosotras? Nadie nos rodea con el brazo. Nadie nos abraza...

La madre Barbara la observó con repugnancia.

— ¡Silencio, niña! ¿Qué pasó cuando regresaste del carnaval?

Philomena se pasó el dorso de la mano por los ojos y se sorbió las lágrimas violentamente. Podía recordar aquella noche a la perfección.

Aunque había llegado a casa bastante después de medianoche, se había encontrado a su tía despierta y esperándola, rebotante de recelo y de reproches. Al principio se había reído y le había dicho a su tía que no se preocupara. Le había asegurado que no había ocurrido nada, que había pasado la noche con las otras chicas. Pero su tía olió la cerveza en su aliento y vio el rubor de sus mejillas. Preguntaba con insistencia y se ponía tensa con las respuestas si no decía la verdad.

Al final, se lo contó.

Sí, había conocido a un chico. Era encantador, alto, guapo... Pero su tía no quiso escucharla.

— ¿Y qué habéis hecho? ¿Qué se os ha ocurrido hacer?

— Nada, tía. Me cogió de la mano. Es el mejor hombre del mundo. Me estará esperando el viernes en la esquina de...

Su tía le dio una bofetada.

— ¡Puede esperar todo lo que quiera, pero tú no irás a ver a ningún chico, no mientras vivas bajo mi techo!

La muchacha sentía el dolor en la mejilla y las lágrimas en los ojos.

— ¿Qué quieres decir, tía? Le he prometido que estaría allí. Lo amo...

Pero la tía no quería saber nada de amores. Habían pasado muchos años desde que el amor había iluminado su vida y, si de ella dependía, no iba a iluminar la de su sobrina.

Envió a Philomena a su habitación y le dijo que se quedara allí hasta que se le hubieran ido de la cabeza aquellas estúpidas ideas, hasta que el tonto de la oficina de correos hubiera acudido a la cita, hubiera esperado... y, después de haber esperado, se hubiera ido.

Fue angustioso verse encerrada en la habitación sabiendo que el chico la estaba esperando.

A los diez días, se dio por vencida.

Le dijo a su tía que nunca volvería a salir hasta tarde, que nunca volvería a hablar con nadie salvo con las chicas del colegio y, sobre todo, que nunca intentaría encontrar a aquel chico.

Durante las siguientes semanas, había estado tramando planes para huir y buscarlo, pero su tía estaba al acecho. Conocía las pasiones que bullían en el pecho de una muchacha joven y se aseguró de que su sobrina se quedara en casa.

Luego lo del bebé había empezado a hacerse evidente, y la sorpresa y el remordimiento de Philomena no habían servido de nada para aplacar la furia de su tía. La Iglesia le había dicho que besar a un hombre era pecado, pero nadie le había contado cómo se hacían los bebés.

— ¿Y qué hizo tu tía? — preguntó la madre Barbara, interrumpiéndola.

Philomena se estremeció al recordar aquellas terribles semanas.

—Pues llamó a mi hermano Jack y a mi padre, reverenda madre. Y creo que además ella quería casarse con mi padre, ya que él estaba solo y ella también. Pero papá no quiso saber nada de eso. Luego me llevó al médico a Limerick y él dijo que tenía que venir a Roscrea. Así que me vine aquí hace dos meses. Dejé el colegio el año pasado, solo hacía un año que era libre.

La madre Barbara agitó la mano.

—¿Y qué dijo tu padre? He observado que no ha venido a visitarte aquí.

La pregunta era deliberadamente hiriente y Philomena se mordió el labio.

—Papá estaba triste por mí, reverenda madre, estoy segura de que lo estaba. Pero no podía contarle lo mío a nadie, ni siquiera a la familia. Kaye y Mary creen que me he ido a Inglaterra. Y ahora echo de menos a mamá y echo de menos estar en casa...

La absoluta soledad de los cientos de chicas que pasaban por aquel lugar y de otras como ellas en toda Irlanda estaba grabada en el rostro de Philomena. Las repudiaban por un pecado que ni siquiera sabían que habían cometido y, en muchos casos, no eran más que niñas sometidas a un castigo cruel por parte de los adultos.

La madre Barbara tomó nota de la historia de la chica en el libro de cuentas y dio por terminada la entrevista.

—Ahora, Marcella, deberías regresar al dormitorio. Esto no es una residencia de verano y esperamos que trabajes duro. Deberás permanecer aquí y pagar por tus pecados. La única salida son las cien libras. ¿Crees que tu familia pagará las cien libras?

Philomena miró inexpresivamente a la madre superiora.

—No lo sé, reverenda madre. Pero si papá no le ha dado el dinero, supongo que querrá decir que no lo tiene.